

## PUEBLA Y EL PROCESO CULTURAL DE AMERICA LATINA

En el origen y desarrollo de las culturas de América Latina ha estado presente la Evangelización. La actitud religiosa de nuestros pueblos y las raíces culturales han sido penetradas por los valores evangélicos.

Prof. Darío Múnera V.

En el documento de Puebla existen muchos temas que apasionan y que reclaman estudio y reflexión. Uno de los tantos aportes del documento es precisamente despertar la necesidad de ahondar en las diferentes cuestiones allí planteadas, en los campos de la teología, de la pastoral, de la antropología cultural, de la sociología y economía, de las relaciones humanas, de la planificación pastoral, etc.

El documento será motivo de muchos estudios, como ya se viene haciendo, en los diferentes medios académicos y pastorales; todos los expertos en estos temas se deben sentir ahora incitados por el momento y por la coyuntura de compromiso que vive la Iglesia, de manera particular en América Latina, a escribir, a investigar, a elaborar nuevos aportes pastorales a partir del mismo texto del documento de Puebla.

En el presente estudio me limitaré a unas consideraciones hechas desde la perspectiva de la antropología cultural, sobre los contenidos culturales del proceso de América Latina que se encuentran en el documento. En esta dimensión hay seis puntos sobre los cuales haré una reflexión antropológica: 1) el concepto de cultura en el documento de Puebla; 2) el proceso histórico-social de las culturas de América Latina; 3) la actitud religiosa del pueblo como expresión cultural; 4) "gérmenes del Verbo"; 5) cultura y evangelización; 6) crítica de las culturas.

### 1. EL CONCEPTO DE CULTURA EN EL DOCUMENTO DE PUEBLA

"Con la palabra 'cultura' se indica el modo particular como, en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios (GS 53b) de modo que pueden llegar a 'un nivel verdadera y plenamente humano' (GS 53a). Es 'el estilo de vida común' (GS 53c) que caracteriza a los diversos pueblos; por ello se habla de 'pluralidad de culturas' (GS 53c)"; (El documento cita la EN 20).

Hablar de antropología es meterse en uno de los campos más amplios y complejos de las ciencias humanas. Intentar dar una definición sobre la antropología implica necesariamente reconocer la complejidad del objeto, el Hombre, la diversidad de disciplinas que de alguna manera tienen que ver con él, aceptar que la antropología como disciplina científica es una integración de un saber humano de los diversos enfoques científicos, filosóficos y teológicos sobre el ser humano. La misma antropología cultural que se descubre en el documento de Puebla trabaja

con este presupuesto de interdisciplinaridad y el texto citado es una muestra clara de ello, aunque sea necesario explicitar este aspecto, lo cual es precisamente lo que me propongo en este primer punto.

El tema de la humanización tiene enorme interés hoy en los diversos centros académicos y nadie discute que es un resultado de “la acción conjunta de múltiples factores entre los que destacan el ecosistema, lo genético y la cultura” (1). La interdisciplinaridad se impone para tratar el tema del hombre; este no es asunto de relaciones de buena vecindad entre las diversas disciplinas ni de mera yuxtaposición de conceptos. Siempre surgirá en esta perspectiva una seria dificultad de carácter epistemológico: cuál puede ser la forma de pensamiento capaz de comprender un objeto único, el hombre, de tan dispares propiedades? La metodología apropiada para tratar con seriedad el tema apunta hacia una antropología verdaderamente integradora y abierta a todos los contenidos humanos existentes en las diversas disciplinas del saber humano. Será posible todavía pensar que aún existe el gueto de las ciencias humanas que hacían “irreconciliables entre sí las dimensiones paleontológicas, bio-psíquicas y socio-políticas del ser humano con las filosófico-religiosa y cultural”?

Pero hay que reconocer por otra parte que el tema de la humanización completa no se explica sin la influencia de la cultura, en el sentido de que individuo y cultura se encuentran en una relación dialéctica constitutiva, de tal manera que la cultura es la mejor forma de explicación de lo humano ya que es el hombre quien hace su propia existencia haciendo cultura.

La antropología cultural como ciencia nueva se ha venido preocupando de la noción de “cultura” y ya existe una definición de la misma comúnmente aceptada por la mayoría de los antropólogos, aunque no se puede decir que sea la única definición ya que se dan también otras, lo cual crea de por sí alguna dificultad para la comprensión del fenómeno cultural existente en los diversos pueblos.

Por qué la gran divergencia del comportamiento humano en sus relaciones con la naturaleza, con los otros hombres y con Dios? En la respuesta a esta pregunta se encuentra el hecho de que el hombre, aprende una proporción mucho mayor de su comportamiento que cualquier otro animal. Viene al mundo como una criatura desvalida que no posee mecanismos heredados realmente desarrollados para el comportamiento. Necesita ser enseñado a comer, a hablar, a andar y a ejecutar casi todas las acciones requeridas para la vida. En su infancia está sometido a un proceso de aprendizaje que lo provee de medios de vida apropiados a la sociedad en que ha nacido y en la que es educado (2). Esta expe-

(1) Juan de Sahagún Lucas. *Antropología del siglo XX*. Edic. Sígueme, Salamanca, 1976, p. 9

(2) Múnera Vélez, Darío. *Apuntes del Curso de Antropología científica* doc. No. 5, pp. 1-2, Facultad de Teología, Medellín.

riencia indica, entonces, que la cultura es un mecanismo de adaptación que prolonga las capacidades adaptativas del organismo y de lucha con el medio ambiente. Si es cierto que la capacidad cultural y la constitución genética del individuo están íntimamente correlacionadas, también lo es el hecho de que las formas concretas de cultura no están prefiguradas en los genes -aunque pueden determinar variaciones genéticas-, ello implica que su transmisión no se efectúe por la vía de la herencia, sino por el aprendizaje. Si cada cultura organiza su aprendizaje, a esta forma se le conoce con el nombre de proceso de enculturación, endoculturación o socialización (3).

Los hombres viven en grupos más o menos organizados llamados sociedades humanas, cuyos miembros comparten un número de modos o medios distintivos de comportamiento que, tomados en conjunto, constituyen su cultura. Así cada sociedad humana tiene su propia cultura distinta en su integridad de la de cualquiera otra sociedad. Teniendo en cuenta el hecho del aprendizaje de la cultura y su existencia en cualquiera sociedad humana como algo propio, el antropólogo Clyde Kluckhohn define el concepto de cultura como todos los "modelos de vida históricamente creados, explícitos e implícitos, racionales, irracionales y no racionales, que existen en cualquier tiempo determinado como guías potenciales del comportamiento de los hombres" (4).

Obsérvese que la definición de cultura que trae el documento de Puebla, la misma de la *Evangelii Nuntiandi*, coincide con la de la antropología cultural expresada por el anterior autor. Puebla habla de los modos particulares como, en un pueblo, los hombres cultivan sus relaciones con la naturaleza, entre sí mismos y con Dios; en otras palabras, los modos como hacen su propia existencia en esta triple relación dialéctica que sintetiza todo el campo del comportamiento humano. Existen categorías culturales tales como la técnica, la economía, la organización social, la simbolización (el lenguaje) y la religión, mediante las cuales el hombre despliega sus modos o estilos de vida históricos. Cada pueblo tiene sus técnicas, su organización social, sus modos económicos, sus símbolos y signos (lenguaje) y su manera de relacionarse con la divinidad, la religión.

En todo pueblo existe una estructura llamada cultura o modos de comportamiento de los hombres que forman una sociedad, los cuales están íntimamente interrelacionados, formando en su conjunto las diversas respuestas que el hombre da a la naturaleza, a sus semejantes y a Dios. Desde esta perspectiva antropológica, la religión aparece como una categoría cultural tan esencial y constitutiva del ser humano como cualquiera de las otras, independientemente de su relación con la Reve-

(3) Juan de Sahagún Lucas. op. cit. pp. 262-263.

(4) Ralph Beals/Harry Hoijer. *Introducción a la Antropología*. Ed. Aguilar, 2a. Edic., Madrid, 1969, p. 262.

lación cristiana. La comprensión de este hecho nos ayudará a entender por qué en el proceso cultural de América Latina está tan metida la religión con su fecunda variedad de signos, símbolos y expresiones. Puebla así lo ha entendido y por eso habla de proceso cultural y evangelización (Nos. 385ss) y habla también de religión popular y evangelización (nos. 44ss).

Las consideraciones anteriores se ven apoyadas por otro texto completo del documento de Puebla:

“La cultura así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de valores que lo animan, y de desvalores que lo debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúne en base a una misma ‘conciencia colectiva’ (EN 18). La cultura comprende, así mismo, las formas a través de las cuales aquellos valores o desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social, cuando no son impedidas o reprimidas por la intervención de otras culturas dominantes” (N. 387).

No queda, entonces, la menor duda de que la definición de cultura que trae el documento de Puebla pertenece al dominio de la antropología cultural. Este hecho muestra también la intención constante de la Iglesia de tener siempre en cuenta los avances y datos de las ciencias para fundamentar mejor su doctrina y su trabajo pastoral. En este caso, siendo la religión una categoría cultural, un comportamiento estructural del ser humano como los otros derivados de las otras categorías, se abre la puerta para que la evangelización de la Iglesia llegue hasta esta raíz constitutiva del hombre, la cual puede llamarse también “semilla del verbo” (N. 388 y 390).

La totalidad de la vida de un pueblo está básicamente delimitada por las cinco categorías culturales enumeradas. Todos los comportamientos del ser humano caben dentro de ellas: el hombre fabrica instrumentos, artefactos, medios de producción o de trabajo, hasta la más avanzada tecnología; crea modelos económicos, desde los más primitivos de tipo comunitario hasta los más complejos del capitalismo y del socialismo; se organiza socialmente a través de grupos e instituciones las más simples como la tribu y la familia hasta las más complejas como el Estado político moderno y las complicadas instituciones de la vida moderna; el hombre se comunica a través de los signos, los símbolos, el lenguaje, en una palabra con su cultura simbólica; se relaciona con su Dios, creando ritos, sacrificios, cultos en las más variadas formas, como expresión de su dimensión constitutivamente religiosa.

Por esta razón, los valores y desvalores que animan y debilitan la vida de un pueblo (N. 387) están dentro de este marco de las categorías culturales que forman una totalidad llamada la cultura de un pueblo. La “conciencia colectiva” de que habla Puebla es una conciencia cultural por las costumbres, por la lengua, por las instituciones, por la convivencia social, por la religiosidad, etc., participadas en común por todos o

la mayoría de los miembros de un pueblo o de una determinada sociedad humana. No importa el tipo de sociedad: indígena, mestiza, blanca, negra; no importa el grado de desarrollo de la misma. El hecho antropológico es objetivo: toda sociedad humana, en cuanto tal, posee su propia "conciencia colectiva" como conciencia cultural en el sentido expresado por Puebla, el cual es estrictamente antropológico.

## **2. PROCESO HISTORICO-SOCIAL DE LAS CULTURAS DE AMERICA LATINA.**

Del numeral anterior se concluye que la cultura de un pueblo no es un simple dato frío y estático, sino que es un conjunto de factores que se entrecruzan, que se interrelacionan, que forman un proceso sin cesuras, que es un aprendizaje que crea "conciencia colectiva" o modos y estilos de vida colectivos que a su vez se constituyen en valores o desvalores y que sirven de pautas o guías potenciales para las nuevas generaciones.

A partir de este presupuesto objetivo se puede apuntar hacia las culturas de América Latina, cada una de ellas como un proceso histórico-social o como un movimiento de enculturación o socialización. Esta es otra manera de definir el concepto de cultura que aparece en el documento de Puebla: un proceso histórico-social, es decir un movimiento de socialización o de formación de una conciencia colectiva mediante el aprendizaje de las formas, de los modos y de los estilos de vida históricamente creados y que han sufrido también el proceso de adaptación al medio y a las nuevas circunstancias históricas.

"La cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los pueblos; se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmitiendo. La cultura es una realidad histórica y social" (N. 392). (El documento cita la *Gaudium et Spes*, N. 53).

La cultura en cuanto realidad histórica y social, implica un conjunto de experiencias por la manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la belleza. En este conjunto de experiencias vitales, históricas y sociales se inserta el hombre de cada pueblo, de cada nación y de cada tiempo. De esta manera se forma un determinado medio histórico, transformado a su vez por las iniciativas y nuevas experiencias de cada pueblo o sociedad humana. Esta experiencia se encuentra de manera objetiva tanto en las culturas indígenas de nuestros pueblos de América Lati-

na como en las culturas más desarrolladas de Europa (5).

Todas las culturas, en nuestro caso, las de América Latina, han pasado y seguirán pasando, en su proceso histórico, por períodos y coyunturas en que se ven desafiadas por nuevos valores o desvalores, por la necesidad de realización de nuevas síntesis vitales (N. 393). Cada cultura es una síntesis de todo un conjunto de modos de vida históricamente creados por las respuestas de la mayoría de los miembros de una determinada sociedad humana en sus relaciones con la naturaleza, con los demás semejantes y con Dios u otra divinidad. Este proceso histórico existe en cada cultura o subcultura de los pueblos de América Latina. La abundancia de comportamientos y de formas de expresión, materiales, sensibles, artísticas, espirituales, religiosas, morales, sociales, etc. son un argumento claro para hablar no de una cultura sino de diversidad de culturas, cada una de las cuales desarrolla su propio proceso.

En toda nueva síntesis surgida en América Latina han estado presentes de alguna manera los valores de la evangelización y de ahí que se pueda afirmar que las raíces mismas de las culturas se encuentran penetradas por la religión, no sólo como categoría cultural sino también como respuesta de fe al llamamiento de Dios. Pero, aunque en la base permanecen las vivencias religiosas “marcadas por el evangelio, emergen también y se entremezclan cosmovisiones ajenas a la fe cristiana” (N. 307). En este proceso de América Latina se han encontrado la cultura indígena, la blanca y la africana, desarrollado y enriquecido por nuevas teorías e ideologías, desarrollando así nuevas interpretaciones sobre el mundo, el hombre y Dios, algunas de ellas ajenas a la fe cristiana.

Las síntesis culturales de América Latina, impregnadas de fe, como lo manifiestan las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, se “traducen en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros pueblos viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres; en un sentido del trabajo y de la fiesta, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco. . .” (N. 413). Estas culturas se expresan, “no tanto en las categorías y organización mental características de las ciencias, cuanto en la plasmación artística, en la piedad hecha vida y en los espacios de convivencia solidaria” (N. 414).

Desde el siglo XVIII comienzan a sufrir las culturas de América Latina el impacto de nuevos fenómenos como la civilización urbano-industrial, la proletarización de sectores sociales, nuevas ideologías que amenazan las mismas raíces culturales, especialmente las dos ideologías dominantes: el liberalismo económico y el colectivismo marxista, con sus tendencias hacia la secularización y hacia el secularismo (N. 415-418).

Los anteriores hechos indican que el proceso histórico de las culturas de América Latina no ha podido mantener su propia autodeterminación

(5) Gaudium et Spes, n. 53.

ni autocontrol; no se ha regulado ni autoalimentado por el movimiento autónomo e interno sino que se ha visto impactado y alterado por nuevos fenómenos y nuevos valores y desvalores provenientes de otras culturas foráneas que han hecho de América Latina un "espacio histórico" demasiado complejo. Se purificará y se afianzará la fe cristiana, la evangelización, en las nuevas síntesis culturales que seguramente se llevarán a cabo en el desenvolvimiento histórico de nuestros pueblos? Si la evangelización está en las raíces culturales del origen de América Latina, se podrá decir lo mismo del futuro cultural? Solamente el alma culturalmente religiosa de nuestro pueblo podrá dar la respuesta a la acción evangelizadora. El documento de Puebla manifiesta en esto claramente su gran esperanza y su gran desafío (N. 420).

En este proceso histórico-social de América Latina, Puebla presagia el advenimiento de una cultura universal de tipo urbano-industrial, "inspirada por la mentalidad científico-técnica, impulsada por las grandes potencias y marcada por las ideologías mencionadas" (N. 421). Es evidente que surgirán, entonces, nuevos estilos de vida donde la ciencia y la técnica procurarán mayor desarrollo y producción; se acentuará el trabajo y los bienes de consumo; surgirán nuevos valores y preferencias. A este movimiento irreversible se integrarán los pueblos, los grupos humanos, las culturas particulares, aunque algunos grupos étnicos se replieguen infructuosamente en defensa de su propia cultura. En la perspectiva del documento de Puebla, toda la América Latina se integrará en este movimiento universal por fuerza de los acontecimientos. Se está indicando con esto que el proceso histórico de las culturas no tendrá fronteras ni límites (N. 421-424). Es apenas lógico pensar que en este movimiento hacia una cultura universal urbano-industrial "se trastornen los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, la organización del trabajo", "las condiciones de vida del hombre religioso" y de la comunidad cristiana (N. 431)<sup>(6)</sup>.

### 3. ACTITUD RELIGIOSA DEL PUEBLO LATINOAMERICANO COMO EXPRESION CULTURAL.

"Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o, por el contrario, atea. De aquí que la religión o irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura -familiar, económico, político, artístico, etc.- en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente" (N. 389).

(6) *Gaudium et Spes*, n. 54.

Este texto afirma claramente la actitud religiosa del pueblo como dato esencial a la misma condición de hombre. En cada hombre existe una profunda zona o espacio interior de donde surgen las preguntas más radicales sobre las cuestiones básicas de la vida. Igualmente en cada cultura existe un núcleo o contenido de normas, de comportamientos, de expresiones, de signos y de símbolos que responden a tales preguntas. El documento afirma que lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios. Tal actitud no es un resultado ni de un proceso de formación o educación, ni una categoría externa impuesta por una determinada filosofía de la vida, ni un invento de una ideología para calmar y envolver en resignación pasiva y alienante la situación de miseria de un determinado pueblo. Por el contrario, tal actitud hace parte de la misma estructura humana de cada hombre. Ya he analizado el aspecto de la relación esencial del hombre con la naturaleza, con sus semejantes y con la divinidad. Esta relación esencial en toda cultura se encuentra en todos los contenidos culturales de los pueblos ya sean primitivos o modernos, lo mismo que en el proceso histórico social de las diferentes culturas (7).

El texto anterior dice también que la religión o irreligión son inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura, en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente. La actitud religiosa de cada hombre y de todo pueblo lo abre hacia lo trascendente. Esta relación de trascendencia se orienta y se define de acuerdo con una determinada filosofía o con la Revelación de Dios. Por otra parte, esta misma actitud de apertura se ve muchas veces impedida, obstaculizada, resistida y negada por otras filosofías inmanentes como es el caso por ejemplo, de los modelos asfixiantes del capitalismo materialista y del colectivismo marxista cuya filosofía es también un materialismo inmanente.

Por qué afirma el documento de Puebla que la religión o la irreligión son inspiradoras de los restantes órdenes de la cultura? En el numeral primero analizamos el concepto de cultura como concepto técnicamente antropológico, con sus diversas categorías o contenidos culturales, a saber: la técnica, la economía, la organización social, la cultura simbólica (el lenguaje) y la religión. Este conjunto de elementos forman la estructura cultural de todo pueblo dentro de la cual se dan todos los comportamientos y estilos de vida posible de los miembros de toda sociedad humana. Se puede elaborar entonces un modelo cultural, antropológico, a partir del cual se puede explicar e interpretar de manera interdisciplinaria la realidad histórica como una realidad compleja donde se

---

(7) La *Gaudium et Spes* habla de los interrogantes más profundos del hombre: "Qué es el hombre?Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? Qué puede dar el hombre a la sociedad? Qué puede esperar de ella? Qué hay después de esta vida temporal? (n. 10).



conjuga lo inmanente y lo trascendente formando una sola unidad cultural. No se equivocan los antropólogos al afirmar la unidad y la diversidad de las culturas. Unidad porque en todas se encuentran esencialmente las mismas categorías como constitutivos radicales y esenciales que generan todos los comportamientos posibles del ser humano. Diversidad porque los comportamientos son incontables, lo cual hace que no se pueda determinar tampoco el número de subculturas existentes.

No se equivocó K. Marx al afirmar, en la época de su juventud, que la religión es el presupuesto teórico para hacer el análisis de los otros procesos: el político, el económico, el social, etc.

Claro está que la intención de Marx no era afirmar la religión como una categoría cultural esencial en el hombre y en el pueblo, sino más bien como una "mediación" alienante inventada por el capitalismo para adormecer la miseria del pueblo y que habría que entrar a suprimirla de raíz (8). Posteriormente, el mismo Marx, en la época de su madurez cuando escribió su obra principal *El Capital*, invirtió las cosas de tal forma que la economía, otra categoría cultural igualmente esencial dentro del modelo cultural que hemos presentado y que corresponde al esquema científico de la antropología, pasó a ser el presupuesto o punto de partida para todo análisis e interpretación de la realidad histórico-social, queriendo mostrar con ello que la religión es un montaje artificial y advenedizo para amparar los intereses de la ideología del capitalismo liberal (9). Este problema plantea, a su vez, la existencia de dos modelos para el análisis y la interpretación de la realidad: el modelo marxista a partir de la economía, el cual se queda en la inmanencia materialista, al suprimir la religión y la trascendencia como fenómeno extraño y advenedizo; y el modelo estrictamente antropológico donde la estructura cultural está integrada por las cinco categorías todas ellas esenciales al hombre y al origen y desarrollo de todo pueblo. El documento de Puebla se mueve dentro de este modelo cultural antropológico, afirmando una mayor radicalidad de la categoría religión como esencial e inspiradora de los otros órdenes culturales.

Antes cité el texto de Puebla, donde se afirma que la cultura latinoamericana, impregnada de fe y enriquecida por la acción de la evangelización, se manifiesta en las actitudes propias de la religión de nuestro pueblo, penetradas de un hondo sentido de la trascendencia y, a la vez, de la cercanía de Dios. Hubiera sido posible la evangelización desde el origen de nuestro continente sin contar con esta profunda actitud y dimensión religiosa de nuestro hombre, que se plasmó rápidamente en contenidos religiosos culturales y que sirvió de base para el desarrollo de la fe sembrada por la evangelización? Esta cultura religiosa se ha tra-

(8) K. Marx. *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*. México, Grijalba, 1967, p. 3: La "Crítica de la religión es la premisa de toda crítica".

(9) K. Marx. *Crítica de la economía política*. Bogotá, La Oveja Negra, p. 9.

ducido “en una sabiduría popular con rasgos contemplativos, que orienta el modo peculiar como nuestros hombres viven su relación con la naturaleza y con los demás hombres; en un sentido del trabajo y de la fiesta, de la solidaridad, de la amistad y el parentesco. También en el sentimiento de su propia dignidad, que no ven disminuía por su vida pobre y sencilla” (N. 413).

En este mismo sentido el documento de Puebla trae otro texto muy revelador de la religión no como contenido de un momento del proceso histórico, sino como un valor esencial en la cultura de un pueblo, cualquiera que sea el período de su desarrollo, primitivo, o agrario o urbano-industrial. “No hay por qué pensar que las formas esenciales de la conciencia religiosa estén exclusivamente ligadas con la cultura agraria. Es falso que el paso de la civilización urbano-industrial acarrea necesariamente la abolición de la religión. Sin embargo, constituye un evidente desafío, al condicionar con nuevas formas y estructuras de vida, la conciencia religiosa y la vida cristiana” (N. 432).

#### 4. “GERMENES DEL VERBO” EN LAS CULTURAS.

Como consecuencia de la actitud religiosa del hombre, expresada en los contenidos culturales de cada pueblo, se puede hablar también, desde el punto de vista cultural o antropológico, de la presencia de los “gérmenes del Verbo” en las diferentes culturas. En este sentido se lee en el documento de Puebla:

“Las culturas no son terreno vacío, carente de auténticos valores. La evangelización de la Iglesia no es un proceso de destrucción, sino de consolidación y fortalecimiento de dichos valores; una contribución al crecimiento de los “gérmenes del Verbo” presentes en las culturas” (N. 401).

Cuál es el significado de la expresión “gérmenes del Verbo”? El documento de Puebla la toma de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, quien, a su vez, la toma del Concilio Vaticano II<sup>(10)</sup> y éste de Eusebio de Cesarea. Literalmente dice la *Evangelii Nuntiandi*, al referirse a los inmensos sectores que practican religiones no cristianas: “La Iglesia respeta y estima estas religiones no cristianas, por ser la expresión viviente del alma de vastos grupos humanos. Llevan en sí mismos el eco de milenios a la búsqueda de Dios; búsqueda incompleta pero hecha frecuen-

(10) En el decreto *Ad Gentes* del Concilio, n. 11, se lee: los fieles “siéntanse miembros del grupo humano en el que viven y tomen parte en la vida cultural y social interviniendo en las diversas relaciones y negocios de la vida humana; familiarícense con sus tradiciones nacionales y religiosas; descubran, con gozo y respeto, las semillas de la Palabra que en ellas se contienen. . .”. Y en la Constitución *Lumen Gentium*, n. 16, el Concilio afirma que “cuanto hay de bueno y verdadero entre ellos, la Iglesia lo juzga como una preparación del Evangelio y otorga por quien ilumina a todos los hombres para que al fin tengan vida”.

temente con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos. Han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas están llenas de innumerables 'semillas del Verbo' y constituyen una auténtica 'preparación evangélica'" (N. 53).

Las preguntas que surgen en la zona más profunda del hombre, plasmadas en las culturas de los pueblos, acerca de Dios, del hombre y su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad, son según el documento de Puebla, auténticas "semillas del Verbo" que se encuentran en el proceso histórico-social de las religiones no cristianas. Estas preguntas hablan no de una inmanencia sino de una trascendencia y por ello la apertura del hombre a ella es ciertamente un modo existencial propio como lo proclama la filosofía. En este sentido, la misma apertura o dimensión trascendental del ser humano, existente en cada cultura, es también un "germen del Verbo". Es cierto que a las anteriores preguntas se dan respuestas totalmente inmanentes que corresponden a determinadas filosofías o interpretaciones del mundo, pero también se dan respuestas más completas iluminadas por la fe en la Palabra de un Dios Creador y en su máxima revelación histórica, la Persona de Jesucristo.

Muchos quisieran constatar en el mundo moderno la desaparición total o casi completa de estas "semillas del Verbo". El fenómeno del "secularismo" se ha constituido en principal enemigo contemporáneo de esta presencia de las "semillas del Verbo" en las culturas. Por secularismo entiende la *Evangelii Nuntiandi*: "una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios; Dios resultaría pues superfluo y hasta un obstáculo. Dicho secularismo, para reconocer el poder del hombre, acaba por sobrepasar a Dios e incluso por renegar de El" (EN 55). Pero, "por otra parte, y paradójicamente, en este mismo mundo moderno, no se puede negar la existencia de valores inicialmente cristianos o evangélicos, al menos bajo forma de vida o de nostalgia. . ." (EN 55).

## 5. CULTURA Y EVANGELIZACION

Al hablar de culturas y evangelización, hay que entrar a definir y precisar términos. Conocemos ya el alcance del concepto de cultura desde el punto de vista estrictamente antropológico. Por su parte, el documento de Puebla afirma que "la evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura, la zona de sus valores fundamentales, suscitando una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras y del ambiente social" (N. 388).

La raíz de las culturas no es otra cosa que los comportamientos explícitos e implícitos, racionales, no racionales e irracionales que existen en cualquier tiempo y espacio determinados, en los diferentes campos de la actividad de los miembros de una sociedad humana. Entre otros comportamientos se encuentran la actitud profundamente religiosa del

ser humano, las "semillas del Verbo" y la religión con su conjunto de expresiones y símbolos como categoría cultural y como lenguaje que manifiesta las respuestas que cada pueblo da a las preguntas más radicales que existen en la más profunda zona de la conciencia del ser humano. Tales comportamientos crean históricamente estilos o modos de vida, los que, a su vez, se convierten en tradición generacional.

En la raíz de las culturas se encuentra entonces una "preparación para el evangelio". No es, entonces, extraño ni torpe hablar de esta relación entre evangelización y culturas, tal como lo hace el documento de Puebla. Tampoco es un absurdo histórico ni epistemológico hablar de una penetración de las culturas por el Evangelio. Al contrario, la evangelización quiere alcanzar la raíz misma de toda cultura no para destruirla ni para estancarla sino para desarrollarla y enriquecerla con los valores del Evangelio, los cuales son también profundamente humanos pero asumidos e iluminados por Jesucristo con un nuevo y más amplio sentido. La evangelización, "trata de alcanzar y transformar, con la fuerza del Evangelio, los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación" (N. 394).

Para la *Evangelii Nuntiandi*, evangelizar significa "llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad" (EN 18). Es decir, la acción evangelizadora en nuestro continente ha de tener como finalidad y como meta general "la constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura" (N. 395).

Un criterio importante y definitivo para la penetración de las culturas por el Evangelio es el del conocimiento: no sólo el conocimiento científico de la cultura y de su proceso histórico-social sino también la comprensión amorosa de las modalidades propias de nuestra cultura con sus crisis y desafíos, con sus tendencias y expresiones actualmente vigentes, lo mismo que la arraigada tradición cultural del pasado, desafiada por los fenómenos sociológicos y culturales del mundo contemporáneo (N. 398-399).

En el proceso de enculturación y la penetración del Evangelio no se busca "una identificación sino una estrecha vinculación" entre los dos fenómenos. "La fe transmitida por la Iglesia es vivida a partir de una cultura presupuesta", pero una cultura preparada para el Evangelio. La evangelización no es entonces un proceso de destrucción de ninguna cultura, ni de los valores existentes en ellas, sino que es un crecimiento y un enriquecimiento de todos los "gérmenes del Verbo" presentes en ellas (N. 401).

En el mensaje del Papa Juan Pablo II para el "Domund" de 1979 se pregunta: "Cuántos y cuáles son los valores presentes en el hombre? Recuerdo rápidamente los específicos de su naturaleza, como la vida, la

espiritualidad, la libertad, la sociabilidad, la capacidad de donación y de amor; los que provienen del contexto cultural en que está situado, como lenguaje, las formas de expresión religiosa, ética, artística; los que proceden de su compromiso y de su experiencia en la esfera personal y en las de la familia, del trabajo y de las relaciones sociales". Por esta razón, afirma también en su Encíclica Redentor del Hombre (N. 12): La evangelización "no es nunca una destrucción, sino una reasunción de valores y una nueva construcción". Los anteriores valores enumerados por el Papa son también "semillas del Verbo" y "signos de la presencia de Dios", así lo expresa en el mensaje citado, los cuales abren el camino a la aceptación del Evangelio. Para el Papa, la fuerza del Evangelio libre y conscientemente aceptado, lejos de anular, potencia las tendencias y los aspectos mejores de las culturas locales y favorece su ulterior desarrollo. No sobra mencionar también el texto del documento de Puebla: "por la evangelización, la Iglesia busca que las culturas sean renovadas, elevadas y perfeccionadas por la presencia activa del Resucitado, centro de la historia, y de su Espíritu" (N. 407).

En la actual cultura urbano-industrial hacia la cual tienden todos nuestros pueblos, la evangelización encuentra y experimenta un enfrentamiento radical con el movimiento del secularismo que "separa y opone al hombre con respecto a Dios; concibe la construcción de la historia como responsabilidad exclusiva del hombre, considerado en su mera inmanencia" (N. 435). La Iglesia ve en este movimiento ideológico "una amenaza a la fe y a la misma cultura de nuestros pueblos latinoamericanos" (N. 436). Es importante para la evangelización asumir también los valores existentes en esta nueva civilización o cultura urbano-industrial, buscando de nuevo "una síntesis vital, cuyo fundamento siga siendo la fe en Dios".

El proceso de la evangelización de las culturas ha estado y estará siempre sometido a las vicisitudes históricas, por ser también una tarea humana (N. 6). Se reconoce el hecho de que la "generación de pueblos y culturas es siempre dramática; envuelta en luces y sombras (N. 6). El documento de Puebla en este sentido es también claro: "América Latina forjó en la confluencia, a veces dolorosa, de las más diversas culturas y razas, un nuevo mestizaje de etnias y formas de existencia y pensamiento que permitió la gestación de una nueva raza, superadas las duras separaciones anteriores" (N. 5).

Se dió una confluencia de culturas y razas provenientes de otros continentes, de otras nacionalidades. En esta confluencia cultural estuvo presente la acción evangelizadora de la Iglesia. La nueva raza resultante con su nueva existencia, con sus modos de vida creados a partir de este encuentro, muestra también los valores evangélicos como algo propio, como modos de comportamiento cultural. Es decir, en la nueva cultura, en la nueva existencia de América Latina, existen raíces evangélicas asumidas vitalmente por la historia de los pueblos del Continente. Esta

misma capacidad de penetración del Evangelio en las raíces y en el origen cultural de América Latina, es la seria y responsable tarea que la Iglesia tiene frente al nuevo estilo de vida urbano-industrial.

## 6. CRITICA DE LAS CULTURAS.

El documento de Puebla no solo habla de valores sino también de desvalores presentes en las culturas. La definición antropológica de cultura con la cual hemos venido haciendo estas consideraciones también incluye esta presencia de los desvalores. Por su parte el proceso de la evangelización en América Latina se ha encontrado siempre con la presencia del mal y de los desvalores. En este sentido hay que entender el texto de Puebla:

“La Iglesia, al proponer la Buena Nueva, denuncia y corrige la presencia del pecado en las culturas; purifica y exorciza los desvalores. Establece por consiguiente, una crítica de las culturas. . .” (N. 405).

De hecho, el reverso de la evangelización de las culturas es la crítica de las idolatrías, esto es, de los valores erigidos en ídolos o de aquellos valores que, sin serlo, una cultura asume como absolutos (N. 405). No se trata en este caso ni de una destrucción, ni de un atropello. La evangelización solo busca e invita a “abandonar las falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre” (N. 406). Tales conductas y manipulaciones se encuentran en todo el proceso histórico-social de las culturas, y de manera increíble en la cultura urbano-industrial de nuestra sociedad moderna.

La dimensión inhumana y del pecado que se origina en las ciudades, fruto del tránsito de la cultura agraria a la urbano-industrial, tendrá que ser siempre denunciada por la acción evangelizadora con sus valores profundamente humanos y cristianos que buscan ser motor de una nueva sociedad (N. 429). El mal que nace en el corazón del hombre y que se manifiesta también en forma social en todas las culturas, es siempre un desafío para la acción crítica que ejerce la verdadera evangelización. Los desvalores y el mal del capitalismo liberal dominante y del colectivismo marxista, ideologías de la cultura contemporánea, reclaman la crítica fuerte de la evangelización por el desprecio de la dignidad humana, valor fundamental para la construcción de una cultura y sociedad verdaderamente fraterna.

Existe otro texto en Puebla que ilumina muy bien este último punto del discurso propuesto: “Las angustias y frustraciones (existentes en nuestros pueblos de América Latina) han sido causadas, si las miramos a la luz de la fe, por el pecado que tiene dimensiones personales y sociales muy amplias. Las esperanzas y expectativas de nuestro pueblo nacen de su profundo sentido religioso y de su riqueza humana” (N. 73). Si la ruptura entre el Evangelio y la cultura ha sido un drama de todos los tiempos, agudizado hoy por las ideologías capitalista y colectivista, no por ello la acción de la evangelización puede resignarse a contemplar

la destrucción del hombre por ambas ideologías, sino que, por el contrario, su tarea de fermento y de crítica tendrá que estar presente, contribuyendo con lo propio para la liberación integral de toda cultura.

CONCLUSION

Esperamos haber mostrado, a lo largo del discurso, la síntesis existente entre los valores evangélicos y los valores culturales que están en el origen y desarrollo de América Latina. La fuerza y la fecundidad cultural y religiosa de estas síntesis históricas son también el argumento que mejor habla de la valiosa riqueza humana existente en nuestros pueblos y en sus culturas. El desafío del futuro de América Latina está lleno de esperanzas, porque las raíces culturales y religiosas son tan fuertes que no permitirán la frustración de ninguno de los pueblos de nuestro Continente.